

DISCURSO

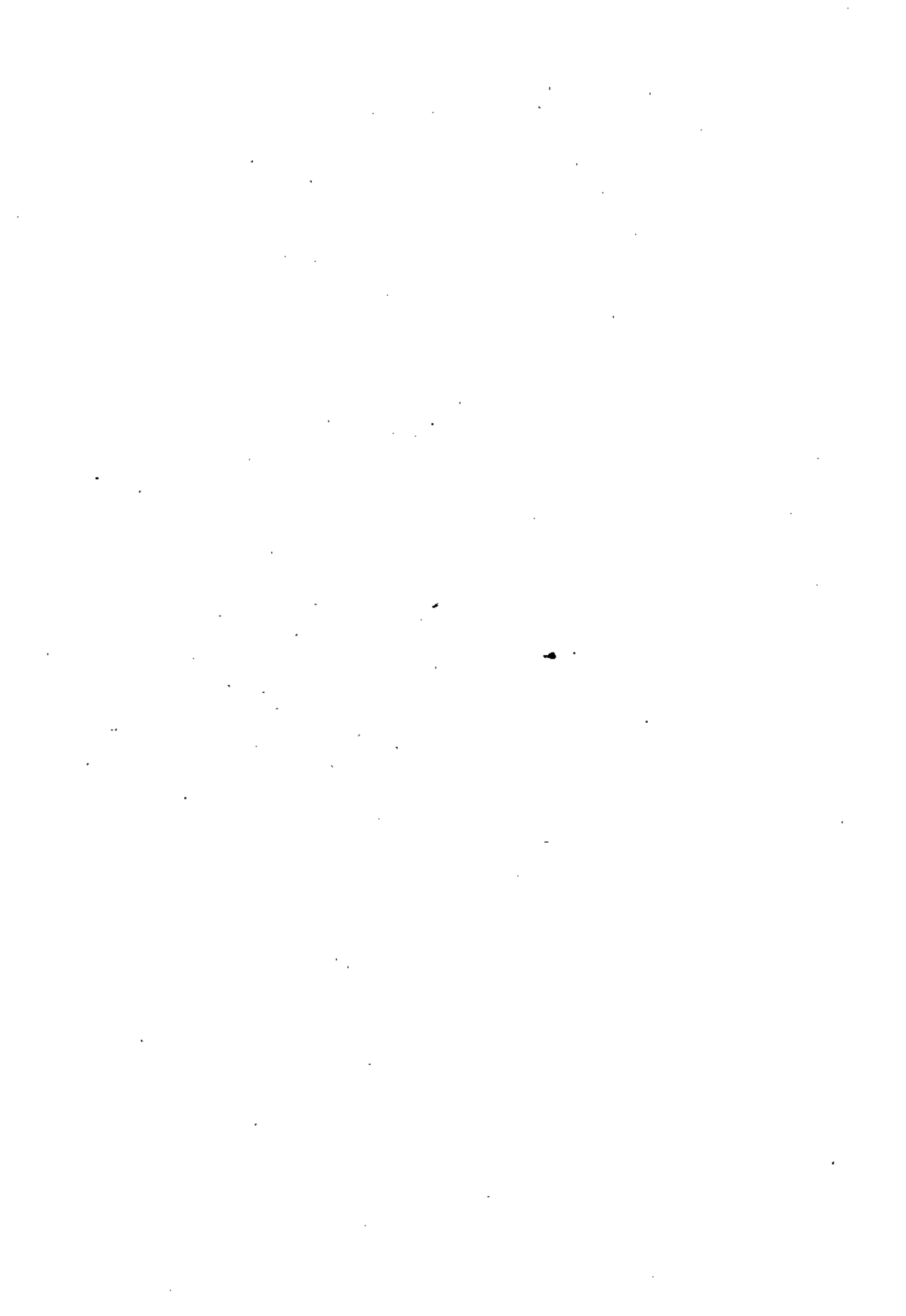
PARA LA INAUGURACION DEL
AÑO ACADÉMICO CULTURAL

"TELLO TELLEZ"

∴ 1955 - 1956 ∴

LEIDO POR SU AUTOR

D. Gonzalo Castrillo Hernández.



Excmo. Sr.:

Sres. Académicos:

Señoras y Señores.

Me ha sido impuesto, por turno imperativo reglamentario de esta Corporación, el deber de abrir el curso de estudios en este año con un pequeño discurso, elegido el tema libremente, pero que encaje dentro de la sección de estudios a que fui adaptado y que honrosamente acepté, pero que desempeño medianamente por mis achaques frecuentes.

*El tema elegido para este humilde discurso o disertación es el siguiente: **El misticismo musical del siglo de oro en el arte español.** Un artista músico, Henri Coblet, amigo de España, y amante de nuestra música polifónica del Renacimiento tuvo la gentileza de escribir como tema de su tesis para doctorarse en letras en la Sorbona: «**El misticismo musical Español del siglo XVI (año 1913)**». Este trabajo, a mi pobre juicio, no es completo, a pesar de la buena voluntad del autor, pero los españoles debemos agradecer la gentileza de acordarse de nuestras grandes figuras musicales del siglo XVI. Pero a pesar de que en Congresos, Historias y Revistas musicales se habla con mucha frecuencia de la polifonía seiscentista y de los más excelsos representantes españoles, no ha habido nadie, que yo sepa, que haya profundizado sobre este tema concreto: del **Misticismo litúrgico musical**, y de esa manera corresponder a la gentileza de un extranjero. Y eso que tenemos a mano el verdadero filón*

de oro que descubrió el glorioso músico D. Felipe Pedrel, al que debemos el estudio y transcripción a notación moderna de las obras musicales y algunas notas bibliográficas de aquellos autores, en su monumental obra: «Hispania Schola música-sacra», publicada en Alemania el 1913. (8 volúmenes en folio) y otros 7 de las obras de Tomás Luis de Victoria, más los trabajos de D. Rafael Mitjana; que son las fuentes musicales para estos estudios.

Sin más preámbulos, entremos en materia.

Es tan grande y asombrosa la floración del Ascetismo-místico en el llamado Renacimiento, sobre todo en España, que se hace necesario averiguar la Génesis y desarrollo de tan subida manifestación religiosa en nuestra Patria.

a) Tracemos, pues, a grandes rasgos algunas ideas sobre la *Ascética-místico paganas*.

b) Cómo el Cristianismo disipando los errores paganos, estableció el verdadero sentido del Ascetismo y misticismo religioso.

c) Veamos después cómo entraron en España y cómo se depuraron en sentido Católico-cristiano esas antiguas ideas paganas: *Misticismo Ortodoxo y Heterodoxo*.

d) Y por fin el influjo del Ascetismo-místico en la vida moral en los pueblos (castellanos); en el pensamiento y manifestaciones de las bellas artes, especialmente en la *Música Cultural* de los Templos Católicos.

* * *

Después de la crítica y estudios de los grandes pensadores del mundo hecha por los humanistas del siglo pasado, nadie puede ignorar en nuestros tiempos actuales, que en el mundo de la espiritualidad, la naturaleza del *ascetismo* y *misticismo*, como estímulo psíquico para dominar las pasiones carnales es un hecho *extra-cristiano* nacido en las doctrinas estoicas y neoplatónicas que comenzaron a desarrollarse cuatro siglos antes de venir Jesucristo al mundo (a). Pero el ascetismo estoico partía de un principio falso y corrompido que no podía dar frutos saludables. Ellos concebían a Dios y al Mundo como una sola

(a) De intento no menciono la ascética y mística del *Brahmanismo* y *Budismo* (1.500 años de nuestra Era), que con su mortificación exagerada y extravagante, hasta llegar a entrar en el reposo de la Divinidad y confundirse con ella por la contemplación y éxtasis del extenuado creyente después de austeridades casi inconcebible hasta llegar al *Nirvana*.

cosa. Dios no era para ellos más que la fuerza activa de la materia, su razón interior, su alma (panteísmo). La existencia material, lo mismo que las relaciones que nacen de la vida es el *mal mismo*, Dios el bien. El hombre, pues, debe vivir conforme a esa vida natural ejercitándose en la virtud que es el único fin racional del hombre; su único bien, su felicidad. La virtud consiste en una absoluta indiferencia para el mundo material; es una fuerza o vigor absoluto del alma del hombre contra el dolor, deseo o concupiscencia; de ese modo, dominando su sensibilidad se eleva la dignidad de ser hombre y esto se consigue por un procedimiento llamado *ascetismo racional* o higiene filosófica.

Como se ve, la virtud estoica no era nada más que una pura abstracción sin relación con la verdadera naturaleza del hombre y su vida práctica se hallaba la mayor parte del tiempo en contradicción con sus doctrinas; y sus costumbres llevaban sobre sí el contrapeso de una perfección imaginaria.

Mucho antes que el Filósofo Zenón (348 años a. de J. C.) extendiera esta doctrina desde el Pórtico de Atenas, el moralista Sócrates (469 años) había enseñado: que lo más digno en el hombre es el *conocimiento de sí mismo* y que por ese conocimiento debe llegar a *vencerse a sí mismo* y adquirir la ciencia, sabiduría e inteligencia que es la *Virtud*, último fin necesario y suficiente para ser feliz.

Sus discípulos Platón (427 a.) y Aristóteles (384 a.), empezaron a vislumbrar el verdadero fundamento de la *ascética* y *mística* (del que no supieron aprovecharse después los estoicos y demás filósofos paganos) «La idea del Alma inmortal y de la Divinidad como sumo bien; el entusiasmo por la belleza y sabiduría, revela al Alma el presentimiento de su alto origen y de su fin». Por estas ideas espirituales estos dos Gigantes de la filosofía griega han influido mucho en la educación del género humano (más o menos directamente), pero ellos, al fin, no acertaron con el camino para llegar al Cielo que presentían, limitándose a señalar el sentido de la dignidad racional del hombre para dominar los actos y tendencias de la sensibilidad inferior.

Después de ellos (dice el sabio D. Marcelino M. y Pelaño) como el pensamiento humano tiene una fuerza invencible, que aun imponiéndole el yugo de una autoridad, siempre halla algún resquicio por donde reconquistar su soberana libertad nativa; a la sombra de un comentario, de una interpretación a veces desvariada y a mil leguas distante del texto que se interpreta, acierta a producir sistemas originalísimos en la manera de pensar y sentir. Así han nacido tantas ideas y comentarios a veces contradictorios, sistemas filosóficos elaborados con ideas y con

ceptos de distintas religiones que ofrecen una extraña mezcla de errores con visos de verdades, que han dado origen a la *heterodoxia doctrinal religiosa*. Así ha sucedido con el panteísmo místico de los Teósofos y el misticismo Hebreo-Musulmán, etc., etc.

En vista de tantos errores la verdad cristiana reveló al mundo lo que el paganismo solamente había oscuramente presentido.

El Ascetismo Cristiano es: «un conjunto de ejercicios espirituales (religiosos) de que se sirven las almas celosas de los creyentes para llegar a la perfección y santidad; esto es, a la realización completa de la ley del Amor de Dios y del prójimo, síntesis de la vida cristiana».

* * *

Este *ascetismo cristiano* se presenta bajo una doble fuerza **negativa** y **positiva**. La primera consiste en combatir y derrocar a las fuerzas naturales que impiden al cristiano conseguir la perfección espiritual; y la segunda consiste en practicar y adquirir aquellas virtudes que le conducen a la perfección o santidad que aspira como término de su vida.

Esas fuerzas hostiles que tiene que vencer las sintetizó S. Juan en *Concupiscencia de los ojos, de la carne, y soberbia de la vida*.

El objeto de estas prácticas ascéticas es formar y vigorizar a la voluntad para practicar el bien y el completo acuerdo con la voluntad divina. Pero el complemento de la vida ascética cristiana, es la participación de la vida religiosa de la Iglesia, sin la cual el creyente no puede conseguir aquellos medios y hacerlos eficaces para recibir la gracia redentora de Jesucristo, sin la cual no podemos dar un paso en el orden espiritual.

Las primeras comunidades cristianas de la Iglesia, según testimonio auténtico de los escasos escritos que han llegado a nosotros de los Padres Apostólicos y Apologistas, saturadas de entusiasmo místico, rebotante de fervor y gracia divina, pusieron en práctica las más austeras renunciaciones para alcanzar ese sentimiento gozoso del renacimiento o *palingenesia interior* que el Divino Maestro explicó a Nicodemo. El fin portentoso de la espiritualidad Católica es la *Santidad*; ninguna otra forma de vida religiosa ha ofrecido un espectáculo tan grandioso en el mundo como la suprema inmolación del Cristiano al Amor a Dios y del prójimo y ese ideal del primer ardimiento cristiano sirvió de fermento, ejemplo y estímulo en la Iglesia contra los permanentes peligros del mundo y de la carne. Esa virtud celeste llamada *Virginidad*, fruto

de la Gracia Divina y la continencia voluntaria o castidad hasta en personas casadas, sin romper el lazo conyugal; esa forma permanente de ascetismo practicada por anacoretas y eremitas que viven en obediencia y pobreza libremente aceptada, pasa de la soledad a la actividad de la vida social y se va desarrollando en forma más subida y más sublime hasta llegar a la *Contemplación Mística* de algunos privilegiados en la fineza del Amor de Dios.

Así, el Catolicismo, con una disciplina práctica cuya perfección y armonía se ocultan a las miradas de los hombres, por ser la forma de una sobrenatural Asistencia divina, ha conseguido realizar, siguiendo los preceptos y consejos evangélicos de Jesús, el verdadero *ascetismo* y *misticismo religioso* en el mundo.

En síntesis; el Catolicismo es la religión *del renacimiento espiritual del hombre por el Bautismo*, que exige la perfección cristiana en general a los creyentes en cualquiera que sea su estado en el mundo y se llama *moral ascética preceptiva*; dejando a la libre voluntad del cristiano la perfección más alta de la vida humana por la práctica de los *consejos evangélicos*.

Al mismo tiempo que los Varones Apostólicos sembraban en España la moral ascética cristiana entre las primitivas comunidades, existían y germinaban entre los paganos peninsulares aquellas ideas y doctrinas importadas de Grecia. (El estoicismo de Zenón; las iluminaciones místicas del judío Filón y el neoplatonismo de Plotino y sus discípulos) que al desarrollarse y fructificar produjeron una *ascética heterodoxa* como aquella magnífica colección de las 124 *epístolas* morales de nuestro primer filósofo *Lucio Anneo Séneca* que es un *resumen completo de la ascética pagana*. Este genial filósofo y pedagogo que pretendió, según frase suya, «**Amansar al león, porque si una vez llegaba a probar sangre humana sería terrible**» y que al fin él mismo cayó en sus garras y no pudo domesticar (me refiero a Nerón). Como pensador fué una gloria de España, pudiendo ser el primer Santo Padre del Occidente, en sentir de S. Jerónimo, si hubiese recibido el don de la fe cristiana. Su temperamento típicamente español tiene como base un fondo sinceramente religioso-natural y humano que es la fuerza matriz indestructible permanentemente constreñida en la psicología del pueblo español, que por la defensa de sus sentimientos lucha y se deja matar con valor y constancia, como se ha manifestado en los hechos de su Historia.

* * *

Sabido es que el Imperio Romano durante las 10 persecuciones de la Iglesia empapó de sangre no solamente la Metrópoli sino a las Provincias, y España no fué de las menos castigadas; pero, además, el Cristianismo tuvo que luchar con la malicia de los hombres que pretendieron corromper su doctrina.

Mientras las Comunidades religiosas regidas por Obispos santos ponían empeño en edificarse mutuamente, tanto por la práctica de las virtudes privadas, como en las reuniones comunes del Culto; y muchos dieron ejemplo de una vida sobrenatural excepcionalmente pura, retirándose a los desiertos y guardando continencia y mortificando su carne.

A estos Cristianos, sin ser en realidad religiosos porque no estaban ligados por los votos, se les llamó *Ascetas* y fueron como el germen de los futuros monjes, que desde el siglo IV constituyeron el Estado Religioso propiamente dicho, siguiendo los consejos evangélicos de perfección.

La antigua y floreciente Iglesia de Alejandría se honra de ser la cuna del *Ascetismo contemplativo* y de la primera *escuela Catequística cristiana* regida por Clemente Alejandrino y Orígenes, que fija y desarrolla la espiritualidad y libertad moral del alma en sentido Católico-Dogmático en oposición a la doctrina de los éxtasis y aspiraciones intelectuales de los neoplatónicos.

Pero la cristianización de la filosofía espiritualista de Platón y del misticismo de Plotino, fué obra del genial filósofo y eminentísimo teólogo San Agustín:

Providencialmente vivió este gran Padre de la Iglesia Occidental cuando terminaba el Imperio Romano y su gigantesca obra literaria educó a generaciones de pensadores en la edad media y renacimiento. Más aún, su doctrina tiene la vitalidad de la Iglesia. El temperamento ardiente del Doctor de la Gracia sobrenatural después de aquella tre-

menda lucha que tuvo de sostener dentro de sí mismo, hasta encontrar la verdad y vencer la torturante idea pagana de concebir a Dios en un sentido panteísta, llega a aceptar como cierta la idea platónica de un ser espiritual único, bueno, bello, eterna causa del Universo. Esta filosofía fué para su privilegiada inteligencia a manera de *senda rápida* para llegar al Camino de la Verdad que tan amorosamente buscaba. Pero no podía satisfacer por completo sus ardientes aspiraciones. El mismo lo dice en sus Confesiones: «Platón me dió a conocer el verdadero Dios, pero no me enseñó el camino para llegar a El». Este camino lo encontró haciéndose Cristiano; pues el único camino para conocer a Dios es Jesucristo. «Ego sum via, veritas, et vita...». Asusta pensar en la labor desarrollada en el corto espacio de tiempo, comprendido entre los años 397 al 430.

Por sus libros tan fecundos han aprendido prácticamente generaciones de Cristianos el entusiasmo de *renovación interior* como base firmísima para llegar por etapas sucesivas a conseguir la gracia sobrenatural de ese sentimiento extraordinario de amor que se llama **fervor místico**. Todos sus libros, empezando por sus admiradas **autobiográficas confesiones**, soliloquios y opúsculos, no son más que llamaradas de intenso fervor místico. De él arranca el verdadero misticismo cristiano practicado en la Iglesia Occidental que culminó en España en S. Juan de la Cruz y Santa Teresa, más otros muchísimos santos españoles del siglo xvi; y ésta es la fuente y caudaloso río purísimo *del misticismo ortodoxo* que pasó por España fecundando a las escuelas monásticas que formaron en santidad a numerosos Obispos, que a su vez enseñaron a creyentes, los mejor preparados, para revivir y vigorizar el espíritu de piedad que estaba amortiguado por las antiguas costumbres paganas.

Pero de la interpretación filosófica del misticismo neoplatónico nacieron en España, al correr de los tiempos, otros turbios riachuelos que arrastraron en su corriente conceptos panteístas, emanaciones, visiones y delirios fantásticos y con la invasión musulmana *éxtasis* de iluminados que aspiran a la unión del alma con Dios por medio de un racionalismo crudo, tan estéril y misterioso que viene a ser para los iniciados una contemplación pasiva del amor platónico humano de la divina hermosura y nada más que eso. En fin, un *misticismo heterodoxo*.

Veamos, solamente como contraste, las ideas y pensamientos místicos de los musulmanes comparándolas con las ideas místicas y sentimientos de nuestros clásicos.

Sabido es de todos que el amor intenso hacia Dios es la esencia

del misticismo, como la fe profunda es la base de la moral cristiana y ascetismo religioso.

Pues bien: el musulmán piadoso (según el Korán), debe inclinarse con el rostro hacia oriente unas cuantas veces al día y dirigirá a Alá la plegaria de alabanza, con fe, sumisión y rendimiento al Dios grande. Esta es la religión formalista y ritual del creyente que la practica en todo lugar y en sus santuarios.

¿Quién es ese Dios a quien reverencia y adora?

Alá, es un Dios frío, serio, rígido; así como el Señor oriental por *antonomasia* que exige la fidelidad del creyente y que recompensará, cuanto más fiel sea en la observancia del culto señalado por Mahoma, con un paraíso sensual; y castigará negándosele a los que no practiquen ese rendimiento a Alá como único Señor de los mundos.

El ascetismo musulmán es pues: un conjunto de ejercicios o prácticas religiosas que según el Korán constituyen la vida religiosa. Su moral es tan baja como la religiosidad que practican los Sufies que comienzan por aislarse del mundo y de los hombres para unirse con el esfuerzo de su inteligencia, atenta a la contemplación de Alá y sumergirse en los abismos del éxtasis, donde siente en su alma la embriaguez ideológica ascético-mística muy rigurosa y el temperamento ardiente y exaltado de la raza africana se presta al misticismo erótico enardecido como el de aquella famosa mujer llamada Ibn. Zaid y Rabiah que quedó escrito estas frases de profundo acatamiento místico:

«Señor mío, si os sirvo por temor al infierno, haced que arda en él, si os sirvo por la esperanza del cielo, echadme de vuestro paraíso, pero si os sirvo por vuestro beneplácito, no me rebuséis vuestro eterno esplendor».

Compárese este arranque místico con el lirismo de aquel anónimo místico, en aquel sonete inmortal que tiene un pensamiento análogo: =(anónimo siglo XVI=).

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Muévesme tú, Señor, muéveme el verte
clavado en una Cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muéveme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera;
pues, aunque lo que espero no esperara.
lo mismo que te quiero te quisiera.

No cabe expresión más sencilla y conmovedora del misticismo cristiano.

* * *

Dios es caridad, dice S. Agustín; Dios es amor dentro de sí; no es un ser solitario, es trino en personas; Dios es amor para la criatura, es el amor encarnado. Es el amor infinito hecho sensible y palpable, es el amor redentor que nos llama hijos y hermanos de Jesucristo.

En estas frases del santo Doctor de la gracia encontramos la esencia del *misticismo ortodoxo cristiano* que practicaron algunos clásicos del siglo de Oro español.

* * *

Como habrá observado el oyente, las ideas expuestas en esta introducción no tienen la pretensión de ser una exposición completa y sistemática de la *ascética y mística*; ni tampoco tienen por objeto señalar los medios para llegar a la perfección más alta de la vida humana por la práctica de las reglas ascéticas, sino solamente hacer ver la **diferencia entre el ascetismo pagano y el católico cristiano**, ya que algunos han pretendido nivelar y sostener que el ascetismo y misticismo cristiano no es más que un producto pagano trasplantado a nuestro suelo, que adquiere cierta originalidad merced al temperamento y psicología de nuestra raza, que retoñó y fructificó con más intensidad en el Renacimiento español y nada más. Otros en cambio, exajerando y abusando del significado correcto de la palabra *mística* la aplican en general al temperamento racional de los españoles y en particular a Castilla la Vieja, confundiendo así el *misticismo* que es la perfección cristiana en sus formas más sublimes y excepcionales, con el *ascetismo* moral práctico de la vida cristiana en general, que es la que vivieron nuestros viejos castellanos.

* * *

Lo típico, es lo primero; lo primero que los hombres crean al posesionarse del medio en que viven. Pues bien: cuando se abonda un poco en el carácter y temperamento del pueblo español se encuentra en lo más profundo un *sentimiento religioso, potente y enérgico* que si hemos de dar alguna fe a *Strabón* y *San Agustín*, por encima de la variedad mística del antiguo paganismo tuvieron los españoles, en aquellos remotos tiempos, una vaga creencia del Dios innominado, único principio de todo lo creado. Pero ese sentimiento religioso fué después de la predicación evangélica aumentando y purificándose progresivamente, encarnándose en la *moral cristiana* llegando a ser dominador durante el período *visigótico*, y tan decisivo en la formación del espíritu religioso nacional, que, desde entonces, fué netamente espíritu cristiano. Este espíritu se convirtió durante ocho siglos en acción permanente durante la reconquista del suelo español de la invasión árabe; pues por la fe cristiana se combatía siempre y su influencia ha permanecido en el correr de la historia como cosa *consustancial* a nuestro temperamento racial, como una creencia constantemente profesada que acredita la experiencia histórica después de tantas luchas, rebeldías e invasiones. El sentimiento de independencia excitado por las ideas sagradas de *Religión, Patria y Hogar* ha moldeado nuestro carácter nacional. El sentimiento de justicia, de honra personal, de generosidad caballeresca, de dignidad..... estos caracteres varoniles son una realidad viva de nuestros prototipos castellanos; son el sentimiento de raza, son el sentimiento del deber cristiano que prácticamente resumía San Pablo como norma de buen vivir. (ad. edic. 2, v. 12). «*Sobrie et juste et pie vivamos in hoc saeculo.*»

Y que fueron formando a través de la civilización cristiana nuestro carácter nacional típico e inconfundible entre los pueblos de Europa.

Nuestro insigne pensador D. Jaime Balmes, en una brillantísima página del «Protentastismo comparado con el Catolicismo», confirma elocuentemente las ideas que vamos exponiendo. «El patrimonio secular que nos legaron los primitivos hispano-romanos fué el **Hogar familiar**. Cristianismo y Civilización se funden y confunden definitivamente en una viva realidad en el hogar patrio y desde ese momento la *Fe* queda como *abstractum* y esencia de la civilización cristiana..... La

unidad religiosa realizada en el Concilio de Toledo es la consecuencia inmediata de la inestimable herencia de la *fe* arraigada profundamente en los hábitos y costumbres que hicieron de la Nación un solo hombre. De ahí arrancan los entusiasmos, los desprendimientos y energías para defender los sentimientos grabados en el corazón; porque donde hay *fe*, hay en los corazones generosidad, grandeza y sacrificios; y, en caso de un suceso desenfadado, se sentiría un sacudimiento recio, vivo y enérgico que hiciera *rebrotar* nuestra *fe* católica más brillante y lozana..... Así al influjo incesante de la Religión sobre el hombre en todos los estados nació la *vida interior*, esa vida en que el cristiano acostumbra a concentrarse sobre sí mismo, dándose cuenta de sus acciones y de los motivos que las dirigen, la bondad o malicia que encierran. Ese desarrollo de la vida moral le impulsó a desear su perfección en todos los sentidos y a formarse conciencia interior de sus actos y al mismo tiempo sobre las acciones de los demás hombres, según el modo con que les sentimos; esa *conciencia pública* que forma las costumbres austeras donde la moralidad, justicia y humanidad forman la atmósfera que respiran los pueblos.....». Como se ve, la cadena de Oro que une a los siglos de nuestra civilización no tiene interrupción y el primer eslabón está fuertísimamente unido al *Evangelio*, fuente de vida espiritual para los cristianos.

* * *

Es un tópico vulgarísimo entre escritores calificar el carácter castellano de *místico*, y a mi humilde entender, es un concepto equivocado.

Ha quedado escrito Azorín (ob. comp. T. II) estas frases:

¿Cómo sentía el Castellano del siglo xvi...? escribir sobre la sensibilidad de Castilla en estos actuales tiempos es una cosa muy delicada. Hay que comenzar por observar el grado de civilización de los pueblos recogiendo como materia prima los documentos históricos y literarios de la época. Hasta ahora los que han estudiado a Castilla y de ella han escrito multitud de escritos, no han hecho más que recoger su medio ambiente físico, pintar lo exterior, lo que se ve con ojos humanos: el paisaje — costumbres, tradiciones — etc. Hay que recoger el espíritu sobre sí mismo para meditar y adentrarse en el alma castellana, y para concretar, ante la Castilla de hoy y la Castilla del siglo xvi. Analizar escrupulosamente cómo pensaba, cómo quería y cómo obraba. Los

autores clásicos P. Granada, Nieremberg, etc., etc., reflejan en sus escritos la sensibilidad del siglo en que vivieron. Estudiar el alma de las cosas pretéritas es adentrarse en la sensibilidad, es decir, estudiar la psicología de los hombres; más que pintar o describir paisajes y cosas, es necesario adentrarse en la vida que vivieron las personas. Eso es conocer el alma perdurable.

Pues bien: después de las anteriores frases que vienen a ser una norma de conducta precisa para los escritos admirablemente expuesta, el mismo Azorin en sus abundantes escritos sobre Castilla, tal vez por sinonimia aplica a sus personajes el calificativo de místicos, siendo más propio el de sencillos y sinceros devotos.

En cambio, para otros escritores como por ejemplo Angel Ganivet. «Todo lo permanente en España es lo místico».

Para este pensador «el misticismo no es más que la sensualidad re-frenada por la virtud y la miseria...» «La rociada de sensualismo que los africanos arrojaron sobre España fué la primera materia que como abejas transformaron en misticismo el espíritu cristiano de los españoles.....».

Para rectificar conceptos equivocados acerca de Castilla, tenemos un hondo pensamiento expresado felizmente poco tiempo ha por don Federico García Sanchiz.

¿Prototipos de Castilla la Vieja....? Fernán González, El Cid y Fr. Francisco de Cisneros, tres ascetas en su génesis, en su formación y su madurez.

Estos tres tipos cristalizan la Castilla cristalizada en lo eterno. Estos son los constructores de España y que simbolizan su historia....». Efectivamente, así es; esto es lo que caracteriza el temperamento de Castilla la Vieja de antaño, la de la edad media llamada así por pedagogos e historiadores, y que no fué en realidad (aunque muchos la denigren inconsideradamente), otra cosa que una infancia sana y vigorosa que creció libremente, legándonos la época del renacimiento, punto culminante de la madurez intelectual y moral más espléndida que ha brillado en nuestra historia patria.

Castilla, dijo con mucho acierto el P. Luis Villalba «es un pueblo austero, curtido y castigado por su clima en cuerpo y alma, de temple recio y varonil, sobrio, sereno, rígido y duro, un pueblo asceta en cuanto cabe serlo un pueblo, y la socarronería cáustica, la machuchez que le distingue es una derivación natural de esos templos austeros que saben mirar las cosas sin alucinaciones blanduchas. Y si se ha ponderado mucho la mística castellana, es por confundir la mística con la ascética y lo religioso». No cabe expresar mejor y con gran exactitud el temperamento castellano.

El verdadero concepto del *misticismo*, en su génesis, desarrollo y fin «es un sentimiento de amor espiritual muy subido que tiende a la unión espiritual del alma con Dios, con un Dios personal que ama y es digno de ser amado». El místico cuando medita intensamente en ese amor espiritual, y llega a conocer de algún modo esa grandeza infinita, esa excelsitud de hermosura, queda en un estado especial que no sabe explicar: sabe que ama y es amado; su testimonio le atestigua que, desengañado de lo falso y mezquino del mundo, su alma aspira a la posesión espiritual de Dios en este mundo, como preámbulo de la unión eterna de la otra vida; pero en medio de ese anhelo vivísimo de ver a Dios y fundir su voluntad con la suya siente que entre su alma humana y Dios hay un terrible abismo que no puede saltar, porque está su alma atada al cuerpo, y siente dentro de sí esas ansias de amor más impetuoso; de ahí aquellas frases «*noche oscura del alma, morir viviendo.....*» dulce tormento de los místicos exquisitos amadores que han recibido de Dios el *carisma* de acercarse a los secretos del amor divino.

* * *

Castilla la Vieja en el reinado de los virtuosos Reyes Católicos llegó a practicar la religión católica con fervor de una devoción sincera y eminentemente virtuosa. Por indicación de D.^a Isabel, el Cardenal D. Francisco de Cisneros (aprovechando el gran adelanto de la Imprenta), mandó imprimir y repartir por los conventos de monjas y principales parroquias de muchos obispados, en idioma castellano, los primeros incunables de devoción y piedad para ocupar con santo celo a los fieles en la lectura de libros espirituales durante las veladas del invierno. Esta fué la primera propaganda de religión en España. Así se vulgarizó entre familias cristianas las meditaciones de la vida de Jesucristo por Laudulfo Cartuxano; las cartas de Santa Catalina de Sena; instrucciones de San Vicente Ferrer; y hasta algunos fragmentos de las obras de Raimundo Lucio.

A esta propaganda de devoción siguió la de escritores clásicos del ascetismo, figurando en primer orden Fr. Luis de Granada, cuyas obras: «Tratado de la oración; Guía de pecadores y Símbolo de la Fe», fueron harto conocidas por el pueblo castellano. Este ambiente de religiosidad práctica estuvo extendido y arraigado entre el pueblo y quedó como herencia racial sobre el viejo campesino la *austeridad armonizada* con el medio ambiente físico.

* * *

En Castilla se ve mucha tierra en el dilatado horizonte, pero también se ve mucho cielo. Su fe profundamente arraigada le libró del contagio de inmoralidad de aquellos fanáticos e hipócritas llamados *Illuminados* y *Quietistas* (falsa mística) que tantos desórdenes causaron a la Iglesia Católica y dieron origen a aquella feroz *intransigencia* y *fanatismo del Santo Oficio*.

En este ambiente de religiosidad práctica el pueblo castellano estaba admirablemente preparado para vivir el siglo de más vida intensa profundamente espiritual que ha tenido nuestra Nación, y a él nos vamos a concretar.

El siglo xvi llamado *Siglo de Oro* (sin hipérbole); el *siglo de las grandezas*; porque la superabundancia de vida espiritual se manifestó en todos los órdenes, estados y corrientes de actividad humana. Por eso se le llama *Renacimiento de las letras y de las artes*. Pero también se llama *El de la edad de Oro de la Fe encarnada en formas estéticas* «*El siglo de la Cumbre mística más alta conocida en la Cristiandad del Orbe, por el fuego del amor divino que no cabía en el pecho de almas seleccionadas; de una pléyade de Santos que por un impulso místico de altas contemplaciones nos legaron gáginas de literatura tan encendidas y valientes como: «las moradas de Santa Teresa, los cánticos de San Juan de la Cruz; las prosas del franciscano Fr. Diego de Estella en sus 100 meditaciones sobre el amor divino, los diálogos entre Dios y el alma de Fr. Juan de los Angeles..... y de las obras litúrgicas de música de Morales, Guerrero y Victoria objeto principal de este humilde trabajo.....»*, por no citar otras muchas escritas en castellano puro caldeado de amor lírico divino y que merecían vulgarizarse entre los cristianos devotos mejor que esa pléyade de libros de devoción de moda que cunden hoy en día entre los fieles.

* * *

El filósofo Hegel (en su estética) decía: «cuando Platón concibió a Dios como la fuente suprema de la belleza y vió en todo objeto artístico una irradiación de aquella sustancia primordial y divina la distancia entre el cielo y la tierra se acorta y el lazo religioso se hace más sensi-

ble y más perfecto por la belleza; y el artista creador es como un intermediario entre Dios y los hombres, que tienen la misión de acercar almas a Dios por la belleza de sus obras.

Por eso la Religión y el Arte fueron una misma cosa para los pueblos de la más remota antigüedad».

* * *

Entre todas las bellas artes puestas al servicio de la Religión la música y poesía son, por su misma naturaleza, las más espirituales; porque esa vibración interior o ritmos que siente el artista al concebir la obra, no queda cristalizada o encarnada en materia palpable, como sucede en las artes plásticas, sino en signos sonoros y movimientos inmateriales de una emoción susceptible de transformarse en otra emoción nueva análoga a la que sintió el artista, si el oyente se encuentra acordado o armonizado en un mismo sentir.

No hay arte religioso más puro que el que conduce directamente a Dios. Por eso decía el genial músico y poeta que compuso «Parsifal» la poesía cantada, si verdaderamente es bella por los deseos vagos que despierta la música, por el arrobamiento místico que envuelve todas nuestras facultades, más por el lenguaje poético sublime y seductor con que habla al alma entera es el medio más adecuado para suscitar en la conciencia la idea de lo divino y llevar nuestro pensamiento hacia esa misteriosa comunicación del alma con Dios.

El antiguo mito de la flauta frigia y la lira dórica es la explicación de la fusión fecunda de la vibración emocional puesta en notas y combinada con el ritmo de la poesía.

El mismo nombre de poeta lírico implica la idea de una música añadida a la palabra =la lira al verbo=.

Pero la lírica cantada es mucho más antigua, y nació envuelta en el arrebol purísimo de un misticismo impregnado en el sentimiento de la noción monoteísta de la divinidad.

El espectáculo de un pueblo de tres millones de seres humanos postrados en la ardiente arena del desierto, después de pasar el mar Rojo milagrosamente, cantando el primer himno eucarístico del mundo compuesto e improvisado por el genio más grande que ha existido en la tierra: Moisés «Cantemos al Señor»..... ese conjunto armónico en que se manifestaba al unísono las creencias, afectos y aspiraciones de un pueblo libre por el milagro de su Dios, haría vibrar las cuerdas más íntimas de

su alma como resultado de una exaltación *mística* tan característica de la raza hebrea. Pero el primer *poeta lírico* representante de un misticismo elevado fué el Rey David. Sus (150) *salmos* son como un eco de su alma tierna y delicada y respiran la dulzura e inocencia más incompatibles. El necesitó expresar sus emociones al compás de los sonidos de un instrumento musical que le ayuda a *exaltar sus afectos*. Esos salmos cantados han quedado como modelo eterno de *lirica hebrea* y sobreviven como un ideal poético a través de todas las generaciones (decía Renan).

Por eso la Iglesia Católica los ha conservado íntegramente como *la plegaria oficial* de su culto y el exquisito sentimiento místico que encierra el texto ha servido como fondo emocional inagotable para la inspiración de los compositores de música religiosa.

* * *

La Biblia, ese libro divino y el más humano por excelencia encierra más riquezas poéticas que todos los libros compuestos en todas las literaturas del mundo. En un arranque espontáneo del alma que condensa todos los estados del espíritu se exponen las verdades eternas valiéndose de imágenes y parábolas, revistiendo de galas poéticas su pensamiento; por eso la *Biblia* no es sólo el libro del pueblo, sino el tesoro literario de la humanidad, donde han ido a beber su inspiración los poetas místicos.

¡Ahí está el misterioso libro de Salomón: «El Cantar de los Cantares», que no es más que un tiernísimo *idilio* donde se canta el amor casto y verdadero de Jesucristo con la Iglesia.

Dice el lírico castellano Fr. Luis de León en el prólogo de sus comentarios sobre este libro: «No habiendo cosa más propia de Dios que el *Amor* hacia sus criaturas, del cual hace alarde en todas sus obras, y deseoso que éstas según su medida le correspondan, para hacerlo ver, se acomoda a nuestros estilos y lenguaje; y como entre los hombres en ninguna cosa se echa de ver más la llama de un amor encendido, perfecto y puro, que entre *dos esposos* que casta y tiernamente se aman; para eso el Señor, para darnos a conocer el que tiene y el que quiere que le tengamos, inspiró a *Salomón* un admirable bosquejo de eso mismo en un poema especie de *égloga pastoril*....». «Es un divino *epitalamio* en la letra y un misterio en sentido espiritual; una locución figurada y parabólica que representa a Cristo y a la Iglesia escrita esta alegoría en el

recíproco amor de Salomón; y de su esposa principal la Reina Egipcia. El sentido místico y espiritual es evidente. Por eso las almas más espirituales que viven íntimamente con Dios gustan y se aprovechan de este libro...».

* * *

Los poetas religiosos del siglo xvi que eran profundos teólogos y escriturarios, como hombres de una fe sólida y muy firme se aprovecharon de este libro para sus poesías místicas y a la vez para limpiar la poesía de aquellos tópicos tan manoseados en el renacimiento clásico, y hacer ver que sin los nombres de Júpiter, Minerva, Diana y Venus, se podían hacer buenos versos de muy excelsa poesía, cristianizando el arte poético en fondo y forma.

El P. Luis Villalba distingue en Castilla un *misticismo poético a lo popular* y otro *misticismo del Santa Santorum*, donde los misterios del Santo Amor se desarrollan en la silenciosa reserva y secreto de las almas que han sido escogidas por Dios como Santa Teresa y San Juan de la Cruz. El pueblo castellano que vivía en el siglo xvi en un ambiente teológico sobresaturado de religiosidad, sin esfuerzo entendía el lenguaje alegórico y simbólico de los *autos sacramentales* de Calderón y de las *comedias a lo divino* de Lope de Vega; así se explica que el público en general aplaudiera e interesase vivamente por la representación de aquellos espectáculos populares.

Así, vg., el lirismo cristiano de Lope de Vega, que dice lo que buenamente siente con exquisita y fina delicadeza de poeta, al mismo tiempo de ser poesía fina, revela una verdadera *mística a lo popular* en villancicos, romances, idilios y otras composiciones que andan repartidas en sus comedias a lo divino y *Rimas sacras*, donde se refleja y fielmente se retrata como entendía la *mística el pueblo castellano*.

Así entendieron a Dios y aún siguen entendiéndole los *castellanos*; le cantaban romancillos y coplillas de amor humano traducido a lo divino, haciendo compatible la cháchara plebeya y su erotismo llano y encendido con el amor divino.

La cosa no será muy selecta en el artificio de la *mística teológica*, pero como expresión espontánea y sincera es importantísima.

La génesis del *misticismo popular castellano* (llamémoslo así) en su forma primitiva y en su desarrollo es: que el hombre traslada sus amores humanos a un objeto divino y eso es todo.

La comunicación mística se reduce a una relación personal: el hombre con Dios y Dios con el hombre; esto para el pueblo castellano, era una cosa clara, definida, fácil y sencilla: una persona ama a otra, una persona se une a otra; la una es un hombre y la otra Dios. Nada de tecnicismos propios de almas selectas, sino más bien un *erotismo popular* vestido a lo divino.

El arte, la literatura poética y las costumbres del pueblo castellano de antaño penetró en el sentimiento religioso que lleno de ternura unió al toque y suavidad mística de los misterios, la llaneza de su fe candorosa, sublimando así lo real de la vida con el ideal.

Ved, por ejemplo, un pequeño fragmento de «*Los Pastores de Belén*», prosa y versos del sublime lírico Lope de Vega que tantas lágrimas de ternura hizo derramar a señores y criados en las veladas de las antiguas cocinas castellas.

«Estaba María en oración, retirada en un rincón de la cueva, sin manto, velo ni sandalias, con solo su túnica, el rostro levantado al cielo, altas las manos, atentos los ojos a la parte de oriente, los cabellos hermosísimos tendidos por la espalda. Puesta así, de rodillas y como en éxtasis, suspensa y transformada en aquella altísima contemplación, bañada su alma de celestial dulzura, sintió mover en sus virginales entrañas su soberano Hijo, y en un instante le tuvo ante sus castos ojos..... Luego que le vió la Virgen juntó sus manos, inclinó su cabeza y con grande honestidad y reverencia le adoró y dijo: Bien venido seáis, Dios mío, Señor mío, Hijo mío.....»

El niño entonces llorando y como estremeciéndose por el rigor del frío extendía los pies y manos buscando algún refrigerio y el amparo y favor de su Madre, que tomándole en sus brazos le llegó a su pecho y poniendo su rostro con el suyo le calentó, fajó y abrigó con indecible alegría.

Entró el venerable José y arrodillándose en la tierra bañó su rostro de alegres lágrimas. Entonces la Virgen y su esposo pusieron con gran reverencia al Niño sobre las pajas del pesebre y de rodillas comenzaron a contemplarle.

Las fiestas y músicas de los ejércitos celestiales..... no pueden referirse de las humanas lenguas ni de los cortos ingenios de los hombres.

La Niña a quien dijo el Angel
que estaba de gracia llena,
cuando de ser de Dios madre
le trajo las alcas nuevas,
Ya le mira en un pesebre
llorando lágrimas tiernas,

que obligándose a ser hombre
también se obliga a sus penas.

¿Qué tenéis, dulce Jesús?,
dice la Niña bella:
¿tan presto sentís, mis ojos,
el dolor de mi pobreza?

Yo no tengo otros palacios
en que recibieros pueda,
sino mis brazos y pechos
que os regalan y sustentan.

.....
.....

El Niño recién nacido
no mueve la pura lengua,
aunque es la sabiduría
de su eterno Padre inmensa.

Mas revelándole al alma
de la Virgen, la respuesta,
cubrió de sueño en sus brazos
blandamente sus estrellas.

Ella entonces, desatando
la voz regalada y tierna
así tuvo a su armonía
la de los cielos suspensa:

*Pues andáis en las palmas
Angeles santos,
que se duerme mi Niño
tened los ramos*

Admirados los pastores y alegres, volvían los ojos a la claridad del cielo y quedaban absortos en la divina música de los Angeles, si los bajaban a la tierra, la variedad de las flores les suspendía, que a la media noche habían salido entre la nieve, si los extendían a las viñas, que con los desnudos sarmientos parecían la anatomía del verano, quedaban atónitos de verlos tan floridos; si a los arroyos de las fuentes, maravillábales el grato son, y no ponían, finalmente, la vista en el cielo, tierra, montes y aguas, que no estuviesen llenos de alegría, novedad y hermosura. Y los vaqueros y pastores de aquellas cabañas se les iban juntando por el camino y con varios y dulces instrumentos regocijaron la divina mañana de aquel venturoso día.

*Campanitas de Belén
tocad el alba, que sale
vertiendo el divino aljofar
sobre el Sol que de ella nace;
que los Angeles tocan,
tocan y tañen..... Campanitas de Belén
tocad al alba*

Aquí respondían alegres todos los pastores, y el valle con doblados ecos lo repetía, y con éstas y otras canciones..... llegaron al portal, y así como vieron el aposento venturoso y el Sol divino que acababa de amanecer, se arrojaron al suelo. Las lágrimas fueron muchas, así como los pastoriles requiebros, sacando los unos las melenudas cabezas entre los otros para mirar embelesados al Niño. Dieron todos sus presentes a la Virgen, osando llegar las groseras bocas a las pajas donde estaban los pies benditos que como imán los atraían a su divina virtud, y parecían que el soberano Niño se reía en agradecimiento de sus deseos. Cantaban y discurrían los pastores, echados por aquel bendito suelo: ponían los ojos, ya en los del Niño, ya en su purísima madre, en la pobreza y humildad con que la soberana grandeza de Dios había venido al mundo.

* * *

Señores que me escucháis; no parece sino que un mismo Angel movió la pluma del divino Lope de Vega. Un impulso *místico* lleno de *realismo* y de *idealismo sentimental* escribió esta estampa bellísima que habéis escuchado para que el pueblo castellano se emocionara y derramara dulces lágrimas de amor hacia la divinidad y humanidad del Niño Dios hombre recién venido al mundo.

Esta exquisita sensibilidad del pueblo castellano del siglo xvi. Estas rimas tan hermosas y sinceras del *místico popular* Lope de Vega que leía o escuchaba el pueblo castellano con lágrimas en los ojos, reflejan una *devoción conmovedora* al Niño Dios en su cuna, que tenía que herir las fibras más íntimas y sensibles del alma popular y una ternura cordial la más fina y honda de su religiosidad. Pero de aquí no pasó el pueblo castellano de antaño, sin llegar a la efusión contemplativa y goces sublimes que sienten los místicos elegidos por Dios.

* * *

Entremos ya de lleno a encontrar *la mística pura en el arte de los sonidos*. Por algo desde la más remota antigüedad se llama a la música *arte divino*. El lenguaje del arte es la *emoción estética* y por medio de ella remueve directamente la música los sentimientos que estaban como dormidos en el fondo del alma. Las muchedumbres no obran por *reflexión* y *convencimiento*; sino por *impresiones interiores o exteriores* momentáneas. Son religiosas más que por *la cabeza, por el corazón*; más que por el *raciocinio*, por *la emoción estética del canto*, del atractivo del culto, de la deslumbrante liturgia sagrada. Pues la emoción musical es aquella *mano de nieve*, al decir de Bécquer, que arranca *del arpa del corazón* la nota sentimental justa que ha de resonar en la cuerda más sensible del corazón del oyente que esté preparado para sentir pasivamente.

* * *

Dice D. Marcelino Menéndez y Pelayo en la «*Historia de las ideas estéticas en España*», obra asombrosa de erudición y cultura que muy pocos hombres podrán igualar; verdadero monumento que servirá siempre de consulta... «Siendo la mística ciencia del amor y por consiguiente ejercicio especulativo de la mente, sin lo cual se convertiría en *ilusionismo fanático* y aunque en ella tenga que entrar como elemento principalísimo la *doctrina revelada* y el poder inefable de la *gracia*, pondrá también cada cual en ella las disposiciones y tendencia de su pensamiento que más le caractericen. Y así vemos en nuestros místicos aliadas con aquellos elementos cristianos las ideas acerca de la hermosura profesadas por los platónicos profanos..... y en el cap. XII añade: la singular riqueza y exuberancia de la literatura española durante los dos siglos *de Oro* iguala, sino excede, a la preceptiva literaria y contrasta de un modo ventajosísimo con la penuria de obras didácticas de las artes del dibujo impresas en nuestra patria, los libros especulativos y prácticos, entre tratados de música religiosa y profana que se cuentan en el siglo xvi más de 40 autores y por lo menos 20 en el siguiente siglo y añade: los preceptistas de música proceden con harta más independencia arrojándose algunos a sentar principios revolucionarios y de grande alcance para la estética musical.....».



Y, efectivamente, así es. El tratado manuscrito más antiguo del que yo tengo noticia es: «*Reglas de canto plano, contrapunto e de canto de órgano por Fernando Esteban*» escrito en Sevilla el 1410.

Sigue a éste «*El vergel de la música espiritual*» del castellano *Bachiller Tapia Numantino* impreso en Burgo de Osma el 1570 y en prólogo se lee: «con la música se excitan las devociones et affecciones buenas para alabar a Dios supremo; se le levante la fuerza intelectual a pensar trascendiendo las cosas espirituales.....».

Sigue a éste el tratado «*Lux bella*» de *Domingo Marcos Durán*, primer libro impreso en España que tenga música, impreso en Sevilla el 1492 y reimpresso en Salamanca el 1498. Dice el autor en el prólogo «como la vida humana sea breve y el arte de música luenga, e viendo ser constituída para servir y alabar a N. Señor, e como sciencia divina y humana, inciende y provoca los corazones en el amor de Dios, sin la cual los officios divinos solemnes dignamente no pueden celebrarse.... etc.».

Hay que advertir que todos los autores que siguen publicando en pleno renacimiento siguen exponiendo la *mística estética*, pero no hubieran podido llevar a la práctica las ideas expuestas de no haber aprendido en la escuela de música de la Universidad de Salamanca las enseñanzas prácticas del inventor de la afinación de la escala temperada de D. Bartolomé Ramos de Pareja y después lector de un curso de música en Bolonia que tan grande *revolución* había de operar en el mundo musical.

Este glorioso español nació en Baeza (Andalucía), sobre el 1440.

Fué el primer profesor de música en la Universidad de Salamanca.

Este teórico es uno de los fundadores de la música moderna.

Con su teoría cayeron en desuso las doctrinas sobre hexacordos, solmización y mudanzas de Boecio y Guido de Avezo que venían rigiendo al arte musical durante la edad media; y desde entonces los instrumentos de sonidos fijos pudieron *modular* y las voces cantar libremente en los géneros diatónicos, cromáticos y enarmónicos. Su tratado se imprimió el 1482, en Bolonia. Por no molestar más a los que paciente-mente me escuchan renuncio a detallar cuantos tratados de música se imprimieron en nuestra patria a principios del siglo xvi que siguen invariablemente las mismas ideas estéticas sobre el fin de la música religiosa.

Pero no podemos omitir el hecho tan transcendental para nuestra música indígena el establecimiento de las escuelas *Castellanas y Andaluza* (la Valenciana y Catalana siguieron inmediatamente) donde se formaron nuestros *místicos polifonistas*.

Como fruto de aquellas ideas estéticas de los antiguos tratadistas empezaron a practicar, las escuelas ante dichas, el *expresivismo en la polifonía religiosa*. Expliquemos esto.

El *expresivismo* es un modo natural de hacer conforme al temperamento indígena. La técnica contrapuntista llegó a su *apogeo* en todas las escuelas de música europeas a principios del siglo xvi, las escuelas Neerlandesa, la Italiana y Francesa fueron las principales. Mientras nuestras escuelas indígenas seguían trabajando independientemente de aquéllas utilizando solamente el contrapunto como *medio de expresión*, no como *fin*, como hacían aquéllas, y dejando que el sentimiento individual se expresara libremente conforme a la emoción sentida.

Así, los mismos músicos Flamencos cuando vinieron a España en 1501 con Felipe I el Hermoso y *consideramos como una de las capillas mejores del mundo* y quedaban admirados al escuchar nuestra música indígena-castellana, lo mismo religiosa que profana vocal e instrumental como la lírica del fundador de nuestro teatro nacional Juan del Encina, por el *bondo sentimiento expresivo* que la música acompañaba al texto.

Este expresivismo musical practicado en nuestras escuelas indígenas siguió formando a todos los músicos españoles lo mismo cantores que instrumentistas. Testigos son: «*La declaración de instrumentos*» del franciscano Fr. Juan Bermudo, publicado el 1550 en Osuna (Andalucía). Las enseñanzas del catedrático loado por el excelso poeta Fr. Luis de León, Francisco de Sabinas: «*De música libri septem*» 1577. El del dominico Tomás de Santa María: «*Arte de tañer fantasía*». En Valladolid 1580. Las enseñanzas de Antonio Cabezón, publicadas por su hijo 1578 y sobre todos las enseñanzas prácticas que dió en los claustros de la Colegiata de Valladolid, Diócesis de Palencia, *Francisco de Montanos*, y que fueron recopiladas en su «*Arte de música*—1592.»

Este autor eminentemente *expresivista* influyó muchísimo en la formación de los artistas españoles, alcanzando su libro varias ediciones durante el siglo xvii.

* * *

Pues bien: esta fué la base técnica de los *místicos* de la edad de Oro que brevemente vamos a estudiar, representados por las excelsas figuras que han pasado a la historia como modelos de la *mística litúrgica* de nuestra religión.

Cristóbal Morales, Francisco Guerrero, Tomás Luis de Victoria. Estos son

los que recibieron del cielo el *charisma* = «*ad laudandum nomen Dei*», según Santo Tomás, o el «*Don de salmos*» que detalla San Pablo.

* * *

Yo podría hacer ahora ante vosotros una *Radiografía espiritual* de estos geniales músicos de la *liturgia cristiana* de nuestra Religión y de sus obras *místico-musicales*, pero alargaría mucho este trabajo y lo convertiría en una larga conferencia, impropia de este momento.

En un estudio más completo, que tengo inédito sobre este tema, empezaba diciendo:

En este estudio o conferencia sobre los *místicos de la polifonía seiscentista*, hay la novedad de ser la más *alta* y la más *profunda* expresión del arte musical español. La más *alta* porque nos sube hasta Dios, belleza increada por medio de la plegaria cantada. La más *profunda* en su concepción y desarrollo porque sus notas han arrancado del corazón de inspirados artistas intensamente fervorosos en el amor divino y por eso *hondamente emotivas*. Y porque *son emotivas* (muchas de ellas) son *geniales, sí, geniales*.

En el mundo del arte, en general, pero sobre todo en el arte musical (en el que parece según el vulgar adagio castellano) = que todos tenemos un poco de músicos y locos = se ha abusado muy mucho por críticos, revisteros de la prensa... etc., de la palabra *genial* y la aplican a cualquier autor clásico cuya música haga cosquillas en el oído y más frecuentemente a autores modernos y contemporáneos a quienes llaman *originales artistas-genios*, aunque no entiendan la composición, que muchas veces son un conglomerado de notas *sin sentido estético*.

Os confieso ingenuamente: 50 años he vivido leyendo partituras muertas en archivos y oyendo partituras vivas en conciertos cuando he tenido ocasión, y en mi torpeza e ignorancia os confieso que aún no sé distinguir si una creación musical puede y debe ser clasificada de *Bella* o de *Genial*: de bella y atrayente o emocionalmente sublime.

No os extrañe esta humilde confesión; pues los más expertos musicólogos no titubean en afirmar que las obras verdaderamente geniales, desde que el mundo es mundo, se cuentan con los dedos de la mano y sobran dedos. Hay obras que técnicamente son perfectas; hay otras que son bellas además de su perfección, que producen de momento una débil emoción que se dilúe en gusto y deleite; pero las hay que produ-

cen emoción profunda, bonda y perdurable y pasan a la inmortalidad, pues viven siglos y siglos emocionando al oyente.

Los caracteres de esas obras cumbre son, todos lo sabemos, *grandeza* en su concepción y sencillez de procedimientos técnicos. Todo lo que es *Sublime* es *Bello*, pero no todo lo *Bello* es *Sublime*. Muchas personas pueden sentir emoción estética en una obra *Bella* y aun en una obra *chavacana* escuchada en algunas circunstancias de la vida y no sentirla en una obra *Sublime* y por eso hay que distinguir de emociones.

Dos veces he oído yo *Parsifal* de Wagner, tal y como lo escribió; una, en el antiguo Teatro Real de Madrid y otra, en Calderón de Valladolid. Al llegar a la escena de la *Consagración del Grial* sentí dentro de mí una cosa extraña y se nublaron los ojos. Miré a mi alrededor, que estaba lleno de gente (en el vulgar paraíso), y vi que todos tenían el pañuelo en la mano; todos lloraban silenciosamente emocionados. He aquí una página *genial* de Wagner. Un creador de sensibilidad *extraordinaria* que acierta a traducir sus sentimientos en signos sonoros, capaces de ser armonizados con las fibras sentimentales del oyente; pues este genio creador fué incomprendido y vivió aislado entre sus contemporáneos y en los primeros años el vulgo le llama *histórico*. También a nuestro T. Luis de Victoria cuando estaba en Roma disputando el altísimo puesto de Palestrina, el vulgo, los envidiosos, y los *snobistas* de todos los tiempos, le motejaban diciendo que escribía *con sangre mora* y por eso hacía sollozar a las beatas que escuchaban sus *místicas obras de Semana Santa*.

En la imposibilidad de poder analizar la obra de estos *místicos de la música litúrgica*, como sería mi deseo, concluyo este humilde trabajo diciendo: estos geniales compositores de *música sacra* escribían sus partituras de *rodillas ante un crucifijo*, y alguno como D. Francisco Guerrero, vivió con permiso del Cardenal y Cabildo de Sevilla, varios años en un cuarto junto a la sacristía de la Catedral; allí compuso algunos de sus libros de polifonía en continua meditación y aunque el Cardenal le instaba para que comiera en su mesa siempre rehusó y el Cardenal ordenó le llevaran la comida que recibía humildemente por la reja de la ventana.

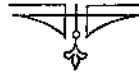
Los otros dos maestros, Morales y Victoria tuvieron una vida de piedad similar. Por eso Dios premió sus trabajos con el *Carisma* o *gracia espiritual* y con la emoción perdurable que fluye como aliento místico en ellos.

La originalidad de estas obras litúrgicas no está en la *forma musical*, sino en la *emoción sentimental mística* que inflama y transfigura la materia musical que sirve para comentar el *texto sagrado*.

necesaria), para ver la adaptación estética de esta obra genial en concepto de música religiosa y su finalidad.

En resumen: La misa solemne en Re de Beethoven es una genial sinfonía con coros que cantan un texto sagrado, como la *novena sinfonía* es otra genial composición que cantan los coros un texto profano (parte de la Oda de Schiller—a la alegría). El mismo compositor dijo: en la *misa* quiero cantar una canción de gracias a Dios como un enfermo resignado y en la *novena sinfonía* pido a Dios la alegría y felicidad (que no disfruto) para la Humanidad futura.

Estéticamente considerada la *misa* no es una *plegaria litúrgica* para uso del culto católico, pero ella como la *novena sinfonía* es un *monumento musical de sabor religioso* para ser ejecutada en una *Sala de Conciertos*.



Sus obras son semejantes (arquitectónicamente) a una *Catedral de estilo gótico puro*: profundidad de cimientos; solidez de materiales; proporción equilibrada de líneas melódicas que se elevan al espacio sin contrafuertes armónicos que desafían al tiempo. Ellos atinaron a dar la *nota justa* a un conjunto polimelódico de *Voces orantes*. Con razón S. Pío X en su motu propio los pone como modelo de música litúrgica.

Los temas que desarrollan son casi siempre del *canto tradicional* (canto gregoriano) y la *expresión* del texto sagrado es natural, sincera y bien meditada. Su música no es como la religiosa que escribieron J. *Sebastián Bach, Beethoven o Mozart* en honor y gloria de Dios; pues la música religiosa de estos genios es *música decorativa*, que tenía la única misión de realizar las magnificencias y suntuosidad del culto de las Iglesias; sino que es la *plegaria misma*, ni tampoco como la que escribió, vg., Wagner en una escena de «*Los maestros cantores*» que él llamaba «*arte de iluminar o de ambientar una escena*», y así su música, en esta admirable obra, llena de pasión e ironía va exaltando el *amor y sacrificio* del pueblo culto y trabajador de Nuremberg riéndose de los pedantes contrapuntistas mecánicos de la edad media. Ni tampoco es esa música un *friso sonoro ornamental* como la de los Clavecínistas (a) donde los ritmos galantes nos transportan a aquellos elegantes salones del siglo xviii; sino *música sacra*, destinada únicamente a provocar una *emoción* espiritual comentando el *texto sagrado*. * (a)

Yo he oído decir alguna vez a críticos de nuestros días: ¿Cómo escribiría Victoria si viviera en nuestros actuales tiempos, cuando ha progresado la materia musical en sonoridades artificiales nuevas de tan atormentadoras disonancias vocales e instrumentales de la música contemporánea.....?

Pues yo contesto sinceramente así: Pues escribiría música con la misma emoción sentimental.

Santa Teresa de Jesús escribiría hoy usando el lenguaje familiar del pueblo; el que usaban las viejas castellanas cuando platicaban al amor de la lumbre; con el que escribió primorosamente los más altos conceptos del amor divino.

Pues como decía el maestro Fr. Luis de León es necesario «*verter añejo vino en odres nuevos*». Porque la originalidad no está en la *forma*, ni

(a) O como la de los aristocráticos de la famosa *Camerata Florentina* y *Opera Napolitana*.

* (a) Consideramos como muy importante la nota que debería ir en este lugar por eso la hemos colocado al final como único Apéndice.

quiera en las *ideas*, sino en la *emoción* que es la que inflama y transfigura en el arte.

Que esta música de los polifonistas seiscentistas *es triste*, que *encoge* el ánimo y hace *llorar* a las beatas..... mejor, mejor. Lloremos en vida muchas veces, pues como dijo un poeta:

¿No hay dicha en el mundo?
sí, ... pero escasa y bien medida
porque aspire a mejor vida
el que no es dichoso aquí.

La vida, es senda de abrojos,
morir, es cerrar los ojos
y no volver a llorar.

(Leopoldo Cano)

HE DICHO.

APENDICE

Los nombres excelsos que hemos mencionado en la página anterior, me dan pie para tratar, aunque sucintamente, una importante cuestión de estética musical práctica sobre la música religiosa.

En el arte musical (como en todos los demás artes) existe una clasificación concreta y determinada que debe responder lógicamente al *fin* que se destina la música. Hay música *religiosa* y dentro de este concepto genérico música *litúrgica sacra*. Como hay música sinfónica concertada *pura*, es decir, música que tiene ella misma como único fin expresar directamente por el sonido el sentir o exteriorizar la emoción del compositor. Hay música dramática que debe estar sujeta al sentimiento, acción y situaciones que acompañen a los personajes y al texto dramático. Hay música lírica que va unida a una poesía sentimental, etc., etc. Por consiguiente estudiar el espíritu de estas formas musicales tan distintas atendiendo lógicamente al *fin* que se destina la música y a los *medios* puestos para alcanzar ese fin, prescindiendo la belleza que encierre y mérito que tenga de por sí la composición de la obra, llamamos *adaptación estética de la composición*.

Pues bien: la figura colosal y gigantesca de la música pura fué Juan S. Bach. Nadie como él ha manejado los sonidos con más maestría y dominio para combinar y concertar bellas sonoridades dentro del marco arquitectónico que eligió. Bach era protestante y compuso música variada para el culto de sus iglesias adaptada a la gravedad severa de los antiguos corales que maravillosamente comentaba al órgano y compuso cantatas y estampas musicales de una belleza mágica como sus pasiones sobre el texto de los evangelios, rebosantes en lirismo sentimental y virtuosismo desbordante en sonoridades. Un día quiso escribir una misa con texto católico, misa en *Sí menor*, así ha pasado a la historia.

Esta obra es una *colosal sinfonía* en que el texto o letra sagrada fué para él una cosa secundaria y sólo la música la principal.

La rica fantasía de este genial músico le obligó a dividir el texto

sagrado en cuadros sinfónicos de deslumbrante belleza musical donde las voces que cantan parece que tocan rivalizando con los instrumentos. Esta misa no puede clasificarse más que de un concierto sinfónico coral religioso.

La misa solemne en *Re* de Beethoven es otra genial sinfonía con coros sobre un texto de la Iglesia Católica.

La obra es la más completa según él mismo ha confesado.

El carácter y temperamento de este genial compositor y su espléndida facultad creadora no podía atenerse a imposiciones exigidas por la Iglesia para su culto. Él fué católico cristiano, pero debió de ser poco practicante; se le encarga una *misa solemne* para la toma de posesión del *Archiduque Rodolfo*, su amigo y discípulo, nombrado *Obispo de Olmutz* y la concibe y desarrolla lentamente. Beethoven fué por temperamento y educación un hombre impulsivo de contrastes inesperados. Su alma (como dicen hoy) era *Fáustica*, tormentosa, insatisfecha. En ese yo beethoviano tan *exotérico* encuentro yo un fondo sentimental complejo: amor, tristeza, alegría, dolor profundo, desaliento, desesperación, resignación, etc., que emana de sus notas musicales como el perfume de la flor. Todos esos sentimientos los *estiliza* en unos sonidos que se convierten en temas concretos de líricas melodías, o en una combinación de acordes, en fugas, donde las voces se separan, se juntan, se atropellan... y son como una *estilización sentimental* de su lucha interior. Por eso fué un *vibrador* de sinceras y espontáneas emociones y al mismo tiempo un *resonador* de sus dolores y alegrías que trascibía en sonidos sintéticos para comunicar al oyente aquello mismo que él sentía.

Al encargarse de componer la *misa solemne* (según dice Jean Chantavoine en su libro), había pensado escribir una obra de carácter litúrgico, así lo dan a entender las notas de su cuaderno del año 1818, en cuya fecha ya llevaba adelantada la composición y donde se lee: «para escribir música verdadera destinada a la Iglesia, véanse los antiguos corales eclesiásticos...» y en una carta que escribió el 1824 al organista de *Breslau*, decía: «la verdadera música de Iglesia debe ser ejecutada solamente por las voces, salvo un gloria o texto que se parezca; por eso prefiero a Palestrina, pero es absurdo querer imitarle sin poseer su espíritu ni sus ideas religiosas...».

Como se ve, Beethoven sabía como tenía que hacer una misa para el culto católico, pero dejando a un lado la liturgia se creyó obligado a decir que su misa la había escrito con el propósito de despertar en el oyente sentimientos religiosos. Terminemos esta larga nota (pero